

Inspección Bahía Blanca
(Argentina)



Bahía Blanca, 20 de noviembre de 1970.-

QUERIDOS HERMANOS::

Cumplo el doloroso deber de comunicaros el fallecimiento del

Rdo. P. FRANCISCO PICABEA

OCURRIDO EL DIA 8 DE OCTUBRE, A LOS 84 AÑOS DE EDAD

La destacada personalidad de este gran Salesiano merece, a no dudarlo, que una bien cortada pluma lo presente en su justa dimensión de sacerdote y de religioso para edificación y ejemplo de todos los Hermanos, cosa que escapa a la apretada síntesis de esta nota necrológica.

El Padre Picabea era hijo de don Francisco y de Doña Antonia Estebarena, matrimonio ejemplar que vivía en el barrio de Almagro de la ciudad de Bs. Aires en un solar sobre al calle Victoria que posteriormente vendieron a los Padres Salesianos, quienes lo utilizaron para ampliar el Colegio Pío IX. Allí precisamente nació Francisco el 28 de noviembre de 1885. Nació junto a una

casa de Don Bosco y creció en ambiente Salesiano. Niño aún pudo escuchar las narraciones de la Patagonia y Tierra del Fuego que hacían Cagliero, Fagnano y otros misioneros. Nos place aquí acotar que su padre fue padrino de confirmación del Siervo de Dios Ceferino Namuncurá.

Todo ello hizo que pronto germinara con pujanza la semilla de la vocación que el Señor había depositado en su alma.

A los 11 años, en 1896, ingresaba a Bernal que había sido fundado el año anterior como centro de formación para la obra Salesiana en la Argentina. Cursó allí con todo éxito los estudios

de latinidad, especialidad que habría de cultivar y promover con predilección en todas partes

El 26 de enero de 1900 comenzó el noviciado y el 1º de febrero de 1902 emitió la primera profesión, para sellar luego su entrega definitiva al Señor con los votos perpetuos hechos el 23 de abril de 1905. Cumpliendo las etapas de su formación bajo la dirección del inolvidable Padre José Vespignani que siempre lo conceptuó como alumno de condiciones privilegiadas.

Cursó Filosofía y Teología quemando etapas a base de sacrificio y tenacidad como se decía en aquellos tiempos heroicos. El 6 de diciembre de 1908, es decir apenas cumplidos los 23 años recibía la ordenación sacerdotal en la Basílica de San Carlos de manos de Monseñor Francisco Alberti. Para ese entonces ya venía desempeñándose desde hacía un año como Catequista del Colegio Pío IX. Cuentan que el día de su ordenación recibió los agasajos acostumbrados a medio día; pero a la tarde ya estaba asistiendo a los alumnos en el estudio.

Al año siguiente fue nombrado Director del Colegio Don Bosco de Buenos Aires, cargo que ocupó en forma ininterrumpida por casi veinte años hasta el año 1927. Refiriéndose a esta etapa escribe el padre Raúl Entraigas: "Estaba maduro para mandar porque había sabido obedecer ciegamente. La virtud acrisolada del joven sacerdote, como el sol de los trópicos no había esperado a Enero para madurar el fruto. Desde entonces siempre marchó a la vanguardia. Los ancianos de Plaza Congreso (Colegio Don Bosco) lo recuerdan: primero a la meditación, primero en el trabajo, primero el deber para poder ser primero en el derecho de mandar. "Todos los sacerdotes de la Casa eran mayores que él pero ninguno llegaba a su altura moral".

Los imperecederos recuerdos de aquella época se pusieron de manifiesto en forma muy especial con ocasión de sus Bodas de Oro Sacerdotales en el año 1958, oportunidad en que destacadas figuras del ámbito nacional, exalumnos suyos tuvieron palabras de alto elogio para el eximio sacerdote educador.

Entre 1927 y 1933 fue director del Colegio Sagrado Corazón de La Plata. También allí su acción de Padre, de Director, de forjador de conciencias cristianas, de fervientes exalumnos de Don Bosco la cumplió en forma realmente extraordinaria. Seguía cuidadosamente a los alumnos, sobre todo a los mayores en esas etapas difíciles de su vida. Es casi inconcebible la correspondencia espiritual que mantenía durante las vacaciones con alumnos de los cursos superiores: entre

diciembre de 1932 y enero de 1933 recibió más de 300 cartas en que aquellos jóvenes le manifestaban sus problemas solicitando la palabra de orientación y aliento.

En 1934 volvió al Colegio de calle Solís que contaba ya con el Hogar Universitario. Pero fue por corto tiempo; los Superiores Mayores habían puesto sus ojos en él para elegirlo como sucesor del Rmo. Padre Gaudencio Manachino en el cargo de Inspector de la Patagonia Septentrional. Se abre así un nuevo y fecundo capítulo en la vida de este gran Salesiano.

Durante dieciseis años derramó en esta bendita tierra de los sueños de D. Bosco, los tesoros de su preclara inteligencia y de su generoso corazón. En este período que lo sorprende en la plenitud de su madurez, es cuando mejor se destaca su relevante figura moral.

En un cuerpo endeble encerraba un alma con la fortaleza que da una fe profunda alimentada con una intensa vida de oración que hizo posible el cumplimiento de su compromiso de consagrado con autenticidad y coherencia, sin retaceos ni concesiones.

Enfermedades y achaques fueron su cruz permanente, pero, decía un Salesiano que lo conoció mucho, "nadie puede saber cuando está enfermo porque está acostumbrado a sobrellevar el dolor con alegría"; se dice pronto bienaventurados los que sufren, pero cuando el dolor muere, la naturaleza se rebela. Para superar ese ecuador de fuego es preciso ser virtuoso de veras. Por eso su salud precaria no fue obstáculo, para que imponiéndose no leves sacrificios, se sometiera a los penosos viajes de aquella época para visitar las dilatadas extensiones que el Señor había confiado a sus cuidados.

Cuando hizo la profesión religiosa se desposó realmente con la pobreza. Y bien, ni las vicisitudes de la vida, ni los cambios de ambiente, ni los tiempos nuevos, modificaron un ápice su fidelidad a la austeridad de vida que fue una de sus permanentes y admirables características.

Aquí podríamos pasar en reseña todas las virtudes de un buen religioso refiriéndolas al Padre Picabea, pues fue su empeño constante desarrollarlas todas, pero solo quiero destacar aquí que cultivó en excelente grado, en forma tal que a los ojos de todos apareció siempre como un perfecto caballero en el más amplio sentido de la palabra. Nuestro historiador, el Rdo. P. Pascual Paesa, así se expresa acerca de él: "Historia viviente es entre nosotros la rectitud y ejemplaridad lineal del Padre Picabea. Una línea no

es un trazo difícil. El empeño de un solo rasgo la puede fijar impecablemente. Pero una línea prolongada sin deficiencias, en las sendas de sus 16 años de Surcos que el P. Picabea abrió en nuestro Sur . . . más aun una línea que traza el ideal de una vida tan longeva como espejo de fidelidad Salesiana, merece la alta recompensa del escudo y el lema del Vicario Apostólico de la Patagonia cuyos pasos dignamente ha seguido: Recte fixus calli ero (me mantendré firme en la recta senda).

En el gobierno de la Inspectoría mostró siempre su gran amor a Don Bosco y a la Congregación. Dotado de una extraordinaria capacidad de trabajo dirigió su acción tras objetivos fundamentales como la promoción de la vida religiosa en las comunidades, la pastoralización de los Colegios mediante una sólida catequesis y el trabajo de grupos (compañías religiosas a fin de que se convirtiera cada uno de ellos, de acuerdo a la mente de Don Bosco, en semillero de vocaciones, problema éste que fue una de sus constantes y mayores preocupaciones. Por ello la Casa de Formación de Fortín Mercedes recibió siempre sus preferentes atenciones.

Como Superior, le tocó intervenir en la elaboración de los convenios para la separación de bienes entre la Congregación y los Obispos creados en esa época por la Santa Sede en la zona Patagónica. Allí puso de manifiesto su amplitud de miras y su gran sentido eclesial. Ese instrumento jurídico mereció muy elogiosos comentarios.

Una parte notable de su período coincidió con la segunda guerra mundial. El conflicto trajo aparejado también para la Argentina una serie de inconvenientes de diversa índole, siendo el no menor la incomunicación con los Superiores Mayores. Ello sirvió para poner en evidencia su gran prudencia y su capacidad de gobierno.

Luego de tres lustros abundantes al frente del gobierno de la Inspectoría los Superiores Mayores pensaron en su reemplazante que fue el actual Arzobispo de Salta Monseñor Carlos M. Pérez.

Al dejar el cargo de Inspector, en un gesto que lo honra grandemente optó por seguir trabajando en la Patagonia. Primero en Fortín Mercedes, dónde a la sazón funcionaba el aspirantado y los Cursos del Magisterio y Filosofía para los clérigos. Allí fue el confesor sabio y prudente que iluminaba las conciencias, sostenía en las luchas y animaba en los momentos de desaliento brindando pródigamente el fruto de su larga experiencia salesiana a jóvenes y mayores.

Además mientras la vista se lo permitió volvió a retomar las clases de latín y religión de los tiempos de su juventud: tuvo a su cargo los cursos llamados "especiales" integrados por alumnos que llegaban al Aspirantado para los grados superiores sin haber podido cursar los estudios de latinidad. A pesar de su avanzada edad preparó para ellos un Comentario especial el Epítome de Historia Sagrada y un manual "ad hoc" de primer año de Latín.

Pero fue sobre todo su vida de religioso ejemplar el aporte más provechoso que ofreció a quienes estaban tras el ideal del seguimiento de Cristo.

En el año 1958 se creyó conveniente separar el Filosofado del Aspirantado; para ello se trasladaron los clérigos a Viedma donde se abrió el Instituto Don Bosco. Al poco tiempo se vio la gran conveniencia de enviar a esa Casa al Padre Picabea en calidad de confesor, obediencia a la que dio cumplimiento de inmediato. Allí permaneció hasta su muerte. Allí nuevamente su confesionario fue cátedra de formación, de consejo y de ayuda espiritual para todos: para salesianos y para seglares.

En 1968 el Señor le concedió la última gran alegría de su vida: tenía 83 años y pudo celebrar su Misa de Diamante rodeado por el cariño de sus Hermanos en religión por familiares, Exalumnos y amigos. Tuve la satisfacción de acompañarlo en la concelebración conjuntamente con los sacerdotes de la Casa. En esa ocasión el Señor Gobernador de la Provincia de Río Negro, exalumno salesiano le hizo entrega de una plaqueta recordatoria como señal de amistad personal y como reconocimiento de la labor apostólica cumplida en la Patagonia.

Pero su salud se iba debilitando cada día más no obstante los solícitos cuidados de los hermanos que día y noche se turnaban prodigándole todos los cuidados que necesitaba. En mis repetidas visitas pude constatar el cariño con que todos lo acompañaban.

La arteroesclerosis cerebral siguió su marcha inexorable.

A mediados de setiembre una descompostura repentina hizo temer de que se había llegado al final. El médico trató de controlar el mal y por momentos pareció que el enfermo se recuperaba; fue solo mejoría pasajera. El 30 de Setiembre se lo trasladó al Hospital de Patagones a fin de poder proporcionarle el tratamiento integral que las circunstancias exigían. Las Religiosas de esa casa de salud tuvieron para él las más solícitas atenciones; pero ya no había más esperanza.

En las primeras horas del día 8 de Octubre confortado con los auxilios de nuestra Santa Religión su bella alma entraba en la Casa del Padre. Lamenté sinceramente no haber podido estar junto a él en esos momentos ni luego en sus exequias, debido a un accidente automovilístico sufrido poco tiempo antes y que me tenía inmovilizado en Bahía Blanca.

Se ofició una Misa de cuerpo presente en Viedma y se realizó luego el traslado de los restos para su tumulación en la Tumba de los Salesianos en Fortín Mercedes. En la concelebración allí efectuada estuvieron presentes el Exmo. Señor Obispo de Viedma Mons. José Borgatti, el Vicario Inspectorial Rdo. P. Pedro Giacomini quien tuvo a su cargo la alocución fúnebre y los

Padres Directores de las Casas de Viedma, Patagones y Bahía Blanca. Asistieron juntamente con los Aspirantes todos los clérigos del Estudiantado Filosófico que viajaron expresamente. Sus restos fueron colocados junto a los de su antecesor el Rdo. P. Gaudencio Manachino guardando el glorioso día de la resurrección.

Hermanos, os pido el piadoso sufragio, que es deuda de gratitud para quién entregó a la Patagonia los 35 años más fecundos de su vida.

Rezad también por quien os saluda afectuosamente.

HERACLIO MORENO
Inspector

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sacerdote Francisco Picabea, nacido en Buenos Aires (Argentina) el 28 de noviembre de 1885;

muerto en Viedma (Argentina) el 8 de octubre de 1970 a los 84 años de edad, 68 de profesión y 61 de sacerdocio. Fue Director Durante 26 años e Inspector durante 15 años.